

CAPITULO LI.

Donde se ve que no todo sale á medida de lo que desean los malvados, aun cuando salga mal.



A está durmiendo! dijo García al indio. Toma esta candileja y ve á hacerle compañía.

El indio miró con recelo al paje.

—¿No quieres ir?

El indígena vaciló un momento, pero al fin tomó la candileja y dijo al paje:

Guiadme.

García le llevó á la estancia donde dormia Mendez.

—Vela à su lado, le dijo, y mañana temprano, vendré á buscarte para qua te embarques.

Esta última promesa animó al indio.

García salió, cerrando la puerta.

Diego Mendez y el indígena quedaron solos.

El demonio de la ambicion se habia apoderado del indio.

Un sentimiento natural, espontáneo, le decia que iba à cometer una mala accion.

Diego le habia salvado de la muerte.

Si con su poderoso brazo no le hubiera arrancado del abismo, hubiera perecido en él como sus compañeros.

Pero en último caso, no era tan mala accion la que iba á llevar á cabo.

Los planes de Colon se realizaban.

Los soberanos tendrian pronto noticia de sus descubri-

mientos, y el almirante no se privaba de la cooperacion de uno de sus más leales servidores.

El indio se acercó á Diego.

Le miró con la mayor atencion durante un cuarto de hora.

—Su sueño no es natural, se dijo despues de observarle. Le han dado un beleño, y esto es una horrible infamia.

Convencido de esto, se acercó á la mesa en donde aún estaban los restos del festin.

Examinó los jarros, y no tardó en descubrir el narcótico en el jarro en que habia bebido Mendez.

Consistia el brebaje en una ligera infusion de hojas de manzanillo.

El sueño que producian era profundo y doloroso.

—¿Cómo sufrirà! pensó el indio. ¡Oh! Yo no debo consentirlo, seria una iniquidad. Hay un medio de despertarle casi instantáneamente, pero necesitaria salir de aquí para buscar las plantas que destruyen los efectos del manzanillo.

En aquel momento descubrió la ventana.

Aunque con trabajo la abrió, y vió con gran placer que oscuros nubarrones ocultaban la claridad de la luna.

—Todos duermen, se dijo; puedo salir por la ventana, buscar la planta, volver y dársela. ¡Oh! . . . . Pero ántes, añadió, me apoderaré del pliego.

Y acercándose á él, registró su escarcela.

La respiracion de Diego le detuvo.

Más que respiracion, parecia aquello el estertor de la agonia.

El indio se apoderó del pliego, y ántes de partir frotó con agua las sienes de Mendez.

—Voy á buscar el remedio, se dijo.

Y trepando con la agilidad de un gato montés, salto al campo.

El fresco que entraba por la ventana dulcificó la temperatura, y Diego pudo respirar mejor.

Cuando volvió el indio con el antídoto, estaba ya más tranquilo.

Entonces pensó que no debía despertarle hasta momentos antes de partir.

—Si descubriese la felonía que he cometido, se dijo, me mataría, y yo no tendría valor para defenderme de él.

De cuando en cuando frotaba con agua fresca las sienes del soldado.

Esto parecía consolarle.

Al fin comenzó á amanecer.

El indio introdujo en la boca de Mendez una hoja de la planta que habia ido á buscar.

Después machacó las otras, y las echó en un vaso.

Movió el líquido durante cinco minutos, y dió con él fricciones al soldado en las sienes, en las muñecas y en la nuca.

Aún no habia terminado la operacion, cuando oyó los pasos.

Poco despues se abrió una puerta y apareció en ella García Perez encubierto con un tabardo y con el birrete muy echado sobre los ojos.

—¿E-tás pronto á seguirme? dijo al indio.

—Cuando gustéis.

—¿Tienes en tu poder lo que buscabas?

—Sí.

—Pues en marcha.

García estaba muy preocupado, y ni siquiera se apercibió de que la ventana estaba abierta.

Cerró la puerta con llave, y salió con el indio hácia la playa.

—Tengo encargo de llevarte á la carabela que va á partir en breve para España, le dijo.

—¿Sin ver al gobernador?

—No es necesario.

—Vamas entónces.

—Ve delante.

El indio obedeció.

Los dos avanzaron hácia la playa.

En la bahía habia varios buques agrupados.

Separados de ellos habia una carabela.

—En aquel barco has de ir á España, dijo García al indio.

Este se detuvo extasiado á contemplarle.

El paje sacó el brazo de debajo del tabardo.

En su diestra brilló un puñal.

—¡Dios te valga! exclamó, y sepultó el puñal en el cuello del indio.

Este cayó lanzado un ¡ay! terrible.

García se bajó para apoderarse del pliego que llevaba.

Pero en aquel momento sintió una mano de hierro en su garganta.

—¡Favor! gritó.

Y quiso repetir apuella palabra, pero no pudo.

Su adversario le habia estrangulado, y yacía en tierra al lado de su víctima.

Mendez, que como habrán comprendido nuestros lectores, era el que habia castigado al infame paje, comprendió tarde, pero á tiempo aún para salvar su vida, que no podia contar con Ovando.

Sin detenerse, y creyendo llevar en la escarcela el pliego de Colon para los reyes, tomó el camino de las minas de Haina.

—Miguel Diaz es bueno, se dijo; le contaré lo que sucede y él me prestará auxilio.

Aguijoneado por el temor de que Ovando enviase gente en su persecucion, llegó en breve tiempo.

Diaz le escuchó con interes.

—De una canoa puedo disponer, le dijo; id en ella con un hombre de toda mi confianza que os daré y volved adonde está Colon para traerle. Aquí le respetarán, y el gobernador no tendrá más remedio que poner á su disposicion cuando ménos una carabela.

Diego aceptó la proposicion, y con un indio de los más fieles á la esposa de Miguel Diaz, partió en una canoa para las costas de la Jamáica.

Pronfo veremos las nuevas desventuras que le acaecieron en esta expedicion.

No habia hecho más que partir cuando se presentaron en su seguimiento tropas que expidió Ovando en distintas direcciones para que le buscasen.

La muerte de su paje le habia irritado en extremo.

Cuando le esperaba con el pliego, oyó rumor en la antecámara de su palacio.

—¿Qué es eso? preguntó.

El capitán de guardia entró en su aposento á notificarle que en la playa habian aparecido muertos el indio y Garcia.

Cuando supo los detalles de aquellos asesinatos, mandó llamar á Diego Mendez.

Le buscaron en todas partes sin hallarle, y no dudó que él habia sido el que habia asesinado á Garcia.

—Conducid los cadáveres á palacio, dijo, y que partan inmediatamente destacamentos en busca del asesino.

Sus órdenes fueron obedecidas.

Cuando estuvieron los cadáveres en el palacio, fué el gobernador á verlos.

Mandó que le dejasen solo, y buscó entre el cinturon del indio el pliego que deseaba poseer.

No estaba.

Creyendo entónces que se habria apoderado de él su paje ántes de morir, registró la escarcela de Garcia y tampoco halló el anhelado documento.

Su desesperacion llegó al colmo.

Aguardó con ánsia á que volvieran los que habia enviado en persecucion de Mendez, y cuando regresaron y supo que no le habian hallado, cayó en la mayor consternacion.

Si hasta entónces habia sido un tirano, á partir de aquel momento, viéndose completamente perdido, aumentó su crueldad.

Deseoso de arrebatár á Colon el nuevo triunfo que le sonreía, meditó un nuevo plan para destruirle.

Los malvados no cuentan nunca con la Providencia; pero la Providencia tiene siempre en cuenta sus acciones.

## CAPITULO LII.

Donde se ven las nuevas desventuras que acaecieron á Diego Mendez.

**D**IEGO Mendez y el indio, que ya era cristiano y completamente adicto á los españoles, remaron con fiebre durante todo el día y lucharon como héroes contra las encontradas corrientes que combatian su endeble barquilla.

Antonio, que este era el nombre que habia tomado el indio al bautizarle el venerable padre Las Casas, comprendia el deseo de Diego, y sacaba fuerzas de flaqueza para vencer los escollos y llegar cuanto ántes al término de su viaje.

Un fuerte vendaval los empujó hácia la costa de una isla que uno y otro desconocian.

De pronto se vieron rodeados por una multitud de canoas, tripuladas por indios caribes.

Como era natural, cayeron en poder de sus enemigos y fueron conducidos á la isla.

Cerca de la orilla habia una choza, y en ella los dejaron con guardias de vista para que no pudieran escaparse.

El jefe de la tribu pidió como presea del combate al indio Antonio.

Se habia entregado á los españoles, pertenecia á la raza de los débiles que habian dejado dominar su país, y queria castigarle con un martirio lento.

En cuanto á Diego Mendez, convinieron en sortearle entre los indios de la tribu.

Aprisionados los dos, procuraron por todos los medios posibles escaparse; pero cuantas tentativas hicieron fueron infructuosas, porque el jefe de los caribes habia tomado sus medidas para que no pudieran burlar la vigilancia.

Al día siguiente separaron á Antonio de Diego Mendez.

Estaba preparado el martirio para el indio, y conociendo éste los infames deseos del jefe de la tribu, se entregó á la más horrible desesperacion, y luchando á brazo partido con los caribes, que se complacian en atormentarle, no tardó en sucumbir á sus manos.

Con arreglo á las costumbres de aquellos feroces salvajes, le descuartizaron y llevaron sus miembros á la choza del jefe, para que los pusiera á curar y los empleara en un banquete para celebrar su triunfo.

Diego Mendez asistió al horrible espectáculo de estas operaciones, y aunque le importaba poco morir, en aquella ocasion necesitaba vivir, porque de su vida dependia la de Colon, á quien tan inmenso afecto profesaba, y la conquista más preciosa de la corona de Castilla en el Nuevo Mundo.

Necesitaba mucha energía, mucha presencia de ánimo para desafiar el peligro, y no le faltaron en aquella ocasion.

Por la tarde fueron á buscarle á la choza en donde le tenían confiado.

Los indios se habian embadurnado con los colores de gala.

Láminas de oro de mala ley, pero relumbrantes; guaninos toscos, plumas vistosas de papagayo y colibrí, estas eran las galas con que se habian embellecido para asistir á la ceremonia del sorteo del blanco, el cual debería en el acto ser sacrificado y asado vivo en una hoguera que encendieron al efecto

para el festin con que se proponian completar la diversion.

Uno de ellos habia estado prisionero en una de las carabelas del almirante, y aunque poco, entendia lo bastante e idioma de Diego Mendez, para poder ser intérprete entre él y los demas indios.

Una inmensa alegría reinaba entre todos ellos, y apenas sacaron de la choza á Diego Mendez, formaron un círculo en torno suyo, y unidos por las manos, prorumpieron en gritos y brincaron como energúmenos para significar el alborozo que producía en ellos aquella magnífica fiesta.

Diego Mendez estaba vacilante.

No sabia qué hacer.

Por una parte podia emplear la fuerza, aprovecharse de la sorpresa que causaria en ellos su actitud amenazadora y luchando con aquellos hombres, abrirse paso hasta el mar.

Pero la empresa era muy arriesgada.

No era posible triunfar de aquella multitud de hombres, y aunque en el primer empuje pudiera dejar unos cuantos fuera de combate, era seguro que en reuniéndose todos ellos y cayendo sobre él, le aniquilarian en un instante.

Por otra parte podia valerse de la astucia, y prefirió este sistema por ser el que más probabilidades de éxito le ofrecia.

Dirigiéndose al indio que podia entenderle:

—Prestadme un momento atencion, dijo.

—¡Sí, sí! gritaron todos en su idioma. Oigámosle, oigámosle.

—Soy vuestro prisionero, y no tengo la menor duda de que la suerte que me espera es morir de-astradamente, despues de haberos servido de juguete algun tiempo. Me resignó, y para probaros que el valor de los blancos es indomable, que nada hay en el mundo que pueda quebrantar su fe, que has

ta el martirio es un goce para ellos, voy à proponeros un medio de sacar todo el partido posible de mi muerte.

El indio trasmitió á los salvajes la proposicion, y todos se mostraron muy contentos de ella.

—En primer lugar, debeis sortearme, añadió Diego Mendez.

—Eso desde luego, dijo el indio.

—¿Pero de qué modo?

—Con piedras blancas y encarnadas, segun se acostumbra en nuestra tribu.

—¿Y no seria más digno de guerreros como vosotros, disputar brazo á brazo una presa tan importante como yo? El vencedor de todos ese seria mi dueño, y al que lo sea le ofrezco enseñarle á manejar la espada y el arcabuz que me habeis quitado al aprehenderme; y el que tal sepa, podrá luchar mano á mano con los blancos.

Esta proposicion entusiasmó á los caribes.

—Sí, sí, dijeron.

Pero uno de ellos manifestó que, mejor que luchar entre sí, seria ponerse en fila, disparar las flechas, y atravesar con ellas un árbol que marcaran al efecto.

La idea fué aceptada, y Diego Mendez aseguró que él con su arcabuz atravesaria el árbol, para demostrarles su destreza en el manejo de las armas.

Diéronle, en efecto, el arcabuz, y mientras disparaban sus flechas los caribes, lo cargó con diez ó doce balas, y cuando más entretenidos estaban los indios, disparó á quema ropa sobre un grupo de ellos.

Los indios, asombrados al pronto, y condolidos despues de los gritos y lamentos de sus hermanos, que sucumbian, acudieron en su auxilio, en tanto que Diego Mendez, subiendo á una canoa que estaba atracada á la orilla, se puso en salvo à fuerza de remo.

Esto fué lo que le salvó de la muerte.

Aquella noche, despues de luchar largo tiempo con las olas, que jugaban con su endeble barquilla, pudo encontrar el rumbo de la costa de la Jamaica, y llegar al paraje en donde las dos carabelas de Colon eran el único asilo de aquel gran hombre y de los españoles, que tan léjos de su patria, y expuestos á las mayores penalidades, aguardaban con ánsia el refuerzo que se prometian del gobernador de Santo Domingo.

Era la media noche cuando un marino que estaba de centinela vió á lo léjos una endeble barquilla y oyó los gritos del único hombre que la tripulaba.

Inmediatamente participó al almirante lo que habia descubierto, y éste envió dos canoas que habia adquirido de los indios para que salieran al encuentro de Mendez.

El fiel servidor de Colon llegó hasta el camarote en donde estaba enfermo el gran hombre, y su llegada, en vez de animar, desalentó á los españoles.

## CAPITULO LIII.

### Una mentira necesaria.



LA Providencia queria hacer á Colon completamente digno de la auréola de gloria con que debia pasar su nombre á la posteridad.

No era bastante lo que habia sufrido: aun necesitaba ejercitar la bondad de su alma en nuevas y dolorosas luchas.

Obligado á permanecer en la costa de Jamaica, á ver sus veleras naves convertidas en el asilo inmóvil de un puñal de naufragos, combatido al mismo tiempo por sus enfermedades, no contaba en aquellos momentos de angustia más que con tres hombres verdaderamente adictos á su persona.

Estos eran su hijo Fernando, su hermano Bartolomé y un jóven marino que habia nacido como él en Génova, y habia desempeñado el mando de una de las carabelas.

El último se llamaba Bartolomé Fiesco.

Todos los demas eran enemigos más ó ménos encubiertos del almirante, le atribuian la culpa de su angustiosa situacion, y se olvidaban de la inmen-a gloria que habia alcanzado al conquistar el Nuevo Mundo, el país tan fecundo en oro que acababan de descubrir, al ver-se allí amarrados á una costa por las duras cadenas de la necesidad, y sin poder siquiera saquear las moradas de los indios, que aunque cumplan los pactos que habian hecho con Diego Mendez, no les llevaban

más provisiones que las puramente precisas para que no se murieran de hambre.

El impetuoso carácter del adelantado los contenía; pero entre ellos murmuraban de Colon y todo hacia creer que la fatalidad reunía en torno del gran hombre los elementos de su ruina.

Colon, cuya penetracion era siempre superior á la de todos los que le rodeaban, no se hacia ilusiones: veía la desesperacion pintada en el semblante de todos sus compañeros, y esperaba con ansiedad febril la llegada de los buques que habia pedido á Ovando, único medio de contener á aquellos hombres desalmados.

La llegada de Diego, que, como hemos dicho ántes, le anunció el centinela, le sorprendió en extremo.

Inmediatamente mandó llamar á su hijo Fernando.

—Sal, le dijo, al encuentro de Diego Mendez, y que no hable con nadie hasta que le haya visto yo.

Fernando corrió á cumplir las órdenes de su padre.

Pero las canoas se habian puesto ya en marcha, y no tardaron los tripulantes de ellas en acercarse á Diego y asediarse á preguntas.

Afortunadamente, si Mendez era valiente soldado, no era ménos á-tuto diplomático, y comprendió el papel que debia desempeñar en aquellas circunstancias.

—¿Qué quiere decir tu llegada? le preguntaron unos.

—¿Has estado en Santo Domingo?

—¿Has hablado al gobernador?

—¿Qué esperanza nos traes? le preguntaron otros.

Diego Mendez sacó fuerzas de flaqueza, y mostrando un semblante risueño, hizo con el gesto primero, y despues con la palabra creer á todos que se acercaba el momento de abandonar aquella costa para emprender el suspirado viaje á la Península.

Fernando indicó al soldado que el almirante deseaba verle.

—Yo tambien lo deseo, contestó Mendez; pero como las noticias que traigo son satisfactorias y pueden oirlas todos, pedidle la vénia para que entren conmigo en su camarote todos los circunstantes.

El ilustre marino comprendió la oportunidad de aquel deseo, y accedió á él.

—Hablad. . . . . hablad delante de todos, le dijo despues de estrechar su mano y de comprender por la manera de estrechar la suya que tuvo Mendez el crédito que debia dar á sus palabras.

—Llegué felizmente á Santo Domingo, pero llegué yo solo.

—¿Solo vos?

—Una furiosa tempestad volcó la canoa, y con ella se sumergieron mis pobres camaradas; pero Dios quiso que yo pudiera tener fuerzas para salir hasta la superficie, y nadando llegué á Santo Domingo.

—¿Entregasteis mi carta al gobernador?

—No por cierto. . . . la llevaba en la escarcela y la perdí. Esa ha sido mi de-gracia, añadió Mendez; si no á estas horas estaria yo navegando para España, y tendriais aquí dos carabelas á vuestra disposicion.

—¿Visteis al gobernador?

—Apénas desembarqué.

—¿Y le dijisteis el objeto de vuestro viaje?

—Le referí con vivos colores la situacion en que os dejaba.

—¿Y no se mostró condolido?

—Muy condolido. . . . Tanto que yo creí que iba á dar inmediatamente las órdenes oportunas para enviar aquí un par de carabelas; pero reflexionó sin duda, debí parecerle sospechoso, y hablándome con franqueza, me manifestó que estaba

decidido á socorrernos; pero que no podia darme pasaje para España, ni enviar buque alguno sin una comunicacion de nuestro jefe. Para que repitierais vuestra carta, resolví volver, y puso á mi disposicion una canoa y un indio vigoroso. Los dos nos embarcamos, y al pasar cerca de la costa de una isla caribe fuimos apresados. Mi compañero fué descuartizado por el jefe de la tribu, que se lo adjudicó, y yo he podido escaparme gracias á una estratagema, que no es del caso referir. Así, pues, sin pérdida de tiempo dadme otra carta para el gobernador de Santo Domingo, y para que no se pierda nombrad á otro, y dadle una canoa y una copia del pliego; ambos saldremos, y de este modo es fácil que llegue cuando ménos uno de los dos.

Todas estas noticias quitaron á los náufragos el pretexto para formular quejas; pero no disminuyeron la pesadumbre que se habia apoderado de su alma.

No pudiendo murmurar en alta voz, se retiraron á hacerlo formándose en grupos, y Diego Mendez aprovechó aquella circunstancia para contar la verdad á Colon.

Reunidos en consejo él, su hermano Bartolomé, su hijo Fernando y Diego Mendez, convinieron en confiar á Bartolomé Fiesco la mision de pedir nuevamente auxilio á don Nicolás Ovando.

Mendez y Fiesco saldrian al dia siguiente de madrugada, cada cual en una canoa tripulada por diez indios.

Los dos llevarian pliegos iguales para Ovando.

Mendez, que habia perdido la carta de Colon para los reyes, llevaria otra, y apénas dejase á Fiesco en la costa de Santo Domingo, aguardaria oculto la salida de un buque y pediria pasaje á bordo con una orden del almirante.

Fiesco volveria lo más pronto posible con los buques que Ovando enviase en socorro de los náufragos.

Para que el gobernador accediese á sus ruegos, convinieron en autorizar á Fiesco para que oficiosamente revelase á Ovando que Colon tenia en sus inservibles carabelas una gran cantidad de oro.

La curiosidad y la codicia podian ser un aguijon poderoso, y este consejo, dado por Mendez, demostró una vez más su gran conocimiento del corazon humano.

Acordado este plan, rogó Colon á sus improvisados consejeros que llamasen á Fiesco y le dejaran á solas con él.

Obedecieron la indicacion, y el jóven genovés no tardó en acudir al llamamiento de su compatriota y de su jefe.

Entre tanto, habló Mendez con sus descontentos compañeros.